



Tiempo de lectura: 5 min.

[Ricardo Hausmann](#)

“Tristeza não tem fim, felicidade sim”. La tristeza no tiene fin, la felicidad sí. Esta frase, inmortalizada en una canción de bossa nova hecha famosa por la película *Orfeo Negro*, captura cómo la alegría puede ser frágil, fugaz y preciosa.

Durante unas pocas horas extraordinarias el 3 de enero, los venezolanos la saborearon mientras la noticia se difundía como pólvora: **Nicolás Maduro**, el hombre que ha gobernado Venezuela a través de la represión y la ruina, había sido removido en una dramática operación militar estadounidense. El impacto no fue solo político, sino emocional. En Caracas y Maracaibo, en Miami y Madrid, los venezolanos se permitieron imaginar un futuro lleno de dignidad y esperanza —y un regreso a la vida normal.

Sin embargo, la felicidad dio paso rápidamente a la preocupación cuando el presidente **Donald Trump** ofreció una rueda de prensa en Mar-a-Lago pocas horas después de la incursión. Estados Unidos, dijo, ahora "dirigiría" a Venezuela. Habló mucho sobre el petróleo, pero nada sobre la democracia, más allá de descartar a **María Corina Machado**, laureada con el Nobel de la Paz y líder de la oposición democrática. (El Sr. Trump dijo que la Sra. Machado no inspiraba el "respeto" para dirigir el país, a pesar de que los venezolanos votaron abrumadoramente por sus fuerzas en una elección en 2024 que el Sr. Maduro robó). En su lugar, el Sr. Trump dijo que Estados Unidos trabajaría con la propia vicepresidenta del dictador. Habló como si fuera el dueño del país y de sus activos. Los venezolanos debían ser beneficiarios de su benevolencia, no agentes de su propio destino.

Los venezolanos saben muy bien que remover a un dictador —especialmente si se deja a sus secuaces a cargo— no es lo mismo que reconstruir un país. Y hay mucho que reconstruir. Cuando el Sr. Maduro llegó al poder en 2013, los venezolanos eran aproximadamente cuatro veces más ricos de lo que son hoy. Lo que siguió fue la mayor contracción económica jamás registrada en tiempos de paz. Provocó la salida de 8 millones de venezolanos, una cuarta parte de la población. Esto no fue el resultado de una invasión extranjera o un desastre natural, sino una catástrofe autoinfligida. Y vino acompañada de mucha brutalidad, represión y corrupción interna.

En el corazón del colapso estuvo un desmantelamiento sistemático de los derechos. Los derechos de propiedad fueron vaciados; los contratos perdieron su sentido; las cortes perdieron su independencia; las elecciones dejaron de importar y disenter se convirtió en un crimen. A medida que los derechos desaparecieron, también lo hicieron la seguridad, la inversión, la confianza y el poder de imaginar. La gente dejó de planificar para el futuro porque el futuro ya no les pertenecía.

La lección es simple pero profunda: **la prosperidad no proviene del petróleo, de los decretos ni siquiera de gobernantes benevolentes. Proviene de los derechos.** Los derechos crean la propiedad privada. Los derechos crean seguridad. Los derechos crean debate. Los derechos permiten a las personas invertir, innovar, soñar y transformar la realidad. Quita los derechos y la sociedad se marchita. Restáuralos y la recuperación es posible.

Lo que los venezolanos necesitan ahora no es venganza hacia el Sr. Maduro, ni improvisación trumpiana, sino un regreso a la libertad y la paz. La humanidad ya ha inventado la tecnología que hace esto posible: la **democracia**. La democracia no se trata simplemente de votar. Es un sistema para agregar preferencias mientras se protegen las libertades. Es el único mecanismo que conocemos que, a largo plazo, puede alinear la autoridad política con el consentimiento social. Venezuela la disfrutó durante gran parte de la última mitad del siglo XX, y sigue siendo la fórmula global para la prosperidad sostenida.

El proyecto chavista, que comenzó en 1999, erosionó ese sistema de forma gradual pero implacable, socavando los controles y equilibrios, las libertades individuales y, finalmente, la democracia misma. El camino de regreso consiste en seguir el proceso a la inversa. No hay atajos para la restauración de los derechos y el estado de derecho.

Crucialmente, la sociedad venezolana ya ha hecho la parte más difícil. El país ha mostrado paciencia y valentía, uniéndose a través de un largo proceso. En 2023, los venezolanos se volcaron abrumadoramente a favor de la Sra. Machado como líder de la oposición democrática, solo para verla inhabilitada arbitrariamente para postularse a la presidencia. Al año siguiente, entregaron una victoria aplastante a su colega, **Edmundo González Urrutia**, votando contra la dictadura en casi todos los rincones del país. La voluntad de los venezolanos no pudo ser más clara. Lo que se frustró fue su traducción en poder.

Por lo tanto, el camino crítico a seguir comienza con una idea simple: honrar esa voluntad. Venezuela necesita un gobierno civil limitado por la ley, respetuoso de las libertades individuales, que rinda cuentas a los votantes y sea capaz de reconstruir las instituciones.

El Sr. Trump parece no entender esto. Habló como si las vastas reservas de petróleo de Venezuela hicieran innecesaria la democracia: la inversión extranjera, sobre todo de las petroleras estadounidenses, puede sustituir la normalización política. Es una ilusión, incluso bajo los propios términos del presidente estadounidense. El petróleo no es riqueza hasta que la producción puede monetizarse; eso, a su vez, requiere inversión a largo plazo. Y para eso, la certeza jurídica —derechos de propiedad, contratos exigibles, impuestos claros y reglas predecibles— es imprescindible. Las compañías petroleras, que responden ante accionistas, reguladores y tribunales, no ante presidentes, no desplegarán capital en un vacío legal. Sin un sistema legal legítimo, la noción de que las reservas de petróleo pueden rescatar a Venezuela colapsa bajo cualquier análisis.

Un riesgo más profundo es geopolítico. Venezuela no debe convertirse en una colonia, en una ocurrencia tardía o en un proyecto transaccional impulsado por intereses estadounidenses a corto plazo. Los mayores éxitos de Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial no vinieron de extraer recursos de Europa o Japón, sino de proporcionar bienes públicos: seguridad, reconstrucción institucional y un orden basado en reglas que permitió a las sociedades prosperar. Esa estrategia creó beneficios enormes para los receptores y para el propio Estados Unidos.

Venezuela necesita la misma fórmula liberal: paz, justicia, democracia y derechos. Necesita que el valiente deseo de democracia de los ciudadanos sea aprovechado, no marginado. De lo contrario, las semillas de futuros conflictos crecerán, especialmente si las aspiraciones nacionales chocan con las prioridades

estadounidenses.

La tristeza, como nos recuerda la canción, no tiene fin. Venezuela ha soportado más de lo que le corresponde. Pero esas fugaces horas de felicidad revelaron algo esencial: los venezolanos no se han rendido con la democracia, ni los unos con los otros. La tarea ahora es crear a partir de eso una realidad duradera: no mediante la fuerza, ni mediante fantasías petroleras, sino restaurando la voluntad del pueblo para que puedan iniciar el arduo y paciente trabajo de recuperar sus derechos y reconstruir sus instituciones. Ese es el único camino por el cual la felicidad, frágil como es, podría finalmente encontrar una manera de perdurar.

Traducido por Google Gemini

<https://www.economist.com/by-invitation/2026/01/05/peace-and-prosperity-in-venezuela-will-come-from-democracy-not-oil-writes-ricardo-hausmann>

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)